Una historia sencilla
Leonardo Sciascia

Leonardo Sciascia

Una historia sencilla



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Una vez más quiero sondear escrupulosamente las posibilidades que tal vez queden aún a la justicia.

Justicia, Dürrenmatt

La llamada telefónica se produjo a las 9.37 de la noche del 18 de marzo, sábado, víspera de la rutilante y retumbante fiesta que la ciudad dedicaba a san José Carpintero: y al carpintero precisamente se ofrecían las hogueras de muebles viejos que esa noche se encendían en los barrios populares, casi como promesa a los carpinteros aún en ejercicio, pocos ya, de que no les faltaría trabajo. La comisaría, aunque iluminada —la iluminación vespertina y nocturna de las comisarías, tácitamente prescrita para dar la impresión a los ciudadanos de que en esas oficinas siempre se velaba por su seguridad—, estaba casi desierta, más que otras noches a esa hora.

El telefonista anotó la hora y el nombre de la persona que telefoneaba: Giorgio Roccella. Tenía una voz educada, plácida, persuasiva. «Como todos los locos», pensó el telefonista. En efecto, preguntaba —el señor Roccella— por el comisario: una locura, especialmente a aquella hora y en aquella noche particular.

El telefonista procuró poner el mismo tono, pero le salió una imitación caricaturesca, al responder con la frase que las frecuentes ausencias del comisario habían convertido en ritual: «Pero, ¡si el comisario nunca está en la comisaría a esta hora!». Y, encantado de contrariar al inspector, que, claro está, estaba a punto de abandonar el despacho precisamente en aquel momento, añadió: «Le paso con el despacho del inspector».

En efecto, el inspector estaba poniéndose el abrigo. Cogió el teléfono el sargento, cuyo escritorio era contiguo al del inspector. Escuchó, buscó por la mesa un lápiz y un trozo de papel y, mientras escribía, respondía que sí, irían lo antes posible, en cuanto pudieran, recalcando la posibilidad para no infundir ilusiones sobre la presteza.

—¿Quién era? —preguntó el inspector.

—Una persona que, según dice, tiene que enseñarnos urgentemente una cosa que ha descubierto en su casa.

—¿Un cadáver? —bromeó el comisario.

—No, ha dicho exactamente una cosa.

—Una cosa... ¿Y cómo se llama, esa persona?

El sargento tomó el trozo de papel en el que había escrito el nombre y la dirección y leyó:

—Giorgio Roccella, en la zona de Cotugno, a cuatro kilómetros del cruce para Monterosso, siguiendo la carretera de la derecha, o sea, de aquí.

El inspector volvió de la puerta a la mesa del sargento, tomó ese trozo de papel y lo leyó como si creyera que iba a encontrar allí algo más que lo que el sargento había dicho.

—No es posible —dijo.

—¿Qué cosa? —preguntó el sargento.

—Este Roccella —dijo el inspector— es un diplomático, cónsul o embajador no sé dónde. Hace años que no ha venido por aquí, tiene cerrada la casa de la ciudad, abandonada y casi en ruinas la del campo, por la zona de Cotugno precisamente... La que se ve desde la carretera: en lo alto, que parece un fortín...

—Una antigua alquería —dijo el sargento—, he pasado muchas veces por allí.

—Dentro del cercado, que lo hace parecer una alquería, hay un chalet muy gracioso; o al menos lo era... Gran familia, la de los Roccella, ahora reducida a ese cónsul o embajador o lo que sea... No pensaba siquiera que aún viviese, hace tanto que no se lo ve.

—Si quiere —dijo el sargento— voy a ver qué ocurre.

—No, no, estoy seguro de que se trata de una broma... Mañana, si acaso, y si tienes tiempo y te apetece, ve a echar un vistazo... A mí, pase lo que pase, mañana no me busquéis: voy a celebrar la fiesta de san José a casa de un amigo mío, en el campo.

El día siguiente, el sargento fue de patrulla a Cotugno, con el estado de ánimo —él y los dos agentes que lo acompañaban— de quien da un paseo: estaban seguros, por lo que había dicho el inspector, de que aquel lugar estaba deshabitado y de que la llamada de la noche anterior había sido una broma. Un riachuelo, que corría al pie de la colina, era ya sólo un álveo pedregoso, de piedras blancas como huesos, pero la colina, con aquella alquería ruinosa en la cima, verdeaba. Tras hacer una inspección ocular, su propósito era el de ponerse a recoger espárragos y chicorias: los tres, como campesinos que habían sido, eran expertos en reconocer las buenas verduras silvestres.

Entraron en el cercado, que no estaba hecho, como se podía creer mirando desde abajo, de simples muros: eran almacenes, con las puertas cerradas con cerrojos lustrosos, que circundaban el chalet, en verdad gracioso y con muchas señales de disgregación, de ruina. Dieron una vuelta en torno a él. Todos los postigos estaban cerrados, salvo una ventana por cuyos cristales se podía mirar dentro. A la deslumbrante luz de aquella mañana de marzo, al principio les costó ver con claridad el interior: después empezaron a distinguir y, tras repetir la prueba colocándose las manos de pantalla contra el sol, a los tres les pareció indudable que había un hombre sentado de espaldas a la ventana y abatido sobre un escritorio.

El sargento adoptó la decisión de romper el cristal de la ventana, abrirla y entrar en el cuarto: ese hombre podía haber caído víctima de un ataque, tal vez hubiera tiempo de socorrerlo. Pero estaba muerto y no de síncope o infarto; en la cabeza, apoyada sobre el escritorio, entre la mandíbula y la sien, tenía un cuajaron de sangre.

El sargento gritó a los dos agentes, que también habían entrado saltando por la ventana: «¡No toquéis nada!», y, para no tocar el teléfono, que estaba sobre el escritorio, ordenó a uno de ellos que volviera a la comisaría, contara lo que habían visto y mandase venir en seguida al médico, al fotógrafo y a los dos o tres de la comisaría que tenían la consideración y el privilegio de expertos científicos: según el sargento sólo el privilegio, pues hasta entonces no había experiencia de un solo caso en que hubiesen hecho una contribución resolutoria; más bien lo que hacían era confundir.

Tras dar esas órdenes y repetir al agente que se había quedado con él que no tocara nada, el sargento empezó a hacer su trabajo de observación con vistas al informe escrito que después había de redactar: tarea bastante ingrata siempre, pues sus años de escuela y sus poco frecuentes lecturas no bastaban para hacerlo sentirse seguro con el italiano. Pero, curiosamente, el hecho de tener que escribir sobre las cosas que veía, la preocupación, la angustia casi, daba a su mente una capacidad de selección, de elección, de esencialidad, gracias a la cual lo que después quedaba en la red de la escri tura acababa siendo sensato y agudo. Tal vez ocurra lo mismo a los escritores italianos meridionales, en particular los sicilianos: pese al bachillerato, la universidad y las numerosas lecturas.

La impresión inmediata era la de que ese hombre se había suicidado. La pistola estaba en el suelo, a la derecha del sillón sobre el que había quedado sentado: arma antigua, de la guerra del 14, alemana, uno de los recuerdos que los veteranos se llevaban a casa. Pero había un detalle que anulaba en el sargento la impresión inmediata del suicidio: la mano derecha del muerto, que debería haber colgado al nivel de la pistola caída, estaba, en cambio, sobre el plano del escritorio, aferrada a un folio en el que se leía: «He descubierto.». Ese punto después de la palabra «descubierto» se encendió en la mente del sargento como un flash, desplegó, rápida y esquiva, la escena de un homicidio tras la del suicidio, construida con poca exactitud. El hombre había empezado a escribir «He descubierto», igual que en la comisaría había dicho haber descubierto en casa algo que no es peraba: y estaba a punto de escribir sobre lo que había descubierto, dudando ya de que llegase la policía y tal vez comenzando, en la soledad, en el silencio, a sentir miedo.

Pero habían llamado a la puerta. «La policía», pensó, pero era el asesino. Tal vez se presentara como policía y el hombre lo hiciese entrar, volviera a sentarse en el escritorio, empezara a contar lo que había descubierto. Tal vez estuviera sobre el escritorio la pistola, con el miedo en aumento probablemente hubiese ido a sacarla de algún escondrijo que

recordaba (el sargento no creía que los asesinos se armaran con un instrumento tan viejo). Al verla sobre la mesa, tal vez pidiera —el asesino— información sobre el arma, comprobase su funcionamiento, la apuntara de improviso a la cabeza del otro y disparase. Y después el gran hallazgo de poner el punto después de «he descubierto»: «he descubierto que la vida no vale la pena», «he descubierto la única y extrema verdad», «he descubierto», «he descubierto»: todo y nada. No se sostenía. Pero por parte del asesino ese punto no era, al fin y al cabo, un error: para la tesis del suicidio, que se plantearía sin duda (el sargento estaba seguro de ello), de ese punto se extraerían significados existenciales y filosóficos y, sobre todo, si la personalidad del asesinado ofrecía algún pretexto. Sobre el escritorio había un manojo de llaves, un viejo tintero de peltre, la fotografía de una comitiva numerosa y alegre tomada en el jardín al menos cincuenta años antes: tal vez justo ahí fuera, cuando en torno a la casa debía de haber árboles armoniosos y umbrosos, ahora sólo hojarasca y maleza.

Junto al folio con el «he descubierto», la estilográfica cerrada: sutileza del asesino (el sargento estaba cada vez más convencido de que se trataba de un homicidio) para dar la impresión de que con ese punto el hombre había puesto precisamente punto final a su existencia.

El cuarto tenía, en torno, estanterías, casi todas vacías. Los libros que quedaban eran volúmenes encuadernados de revistas jurídicas, manuales de agronomía, fascículos de una revista titulada «Naturaleza y arte». Además, había, apilados, algunos volúmenes que debían de ser antiguos, en cuyo lomo el sargento leyó *Calepinus*. El siempre había creído que el calepino era un librito para llevar en el bolsillo, una libreta, un prontuario: le pareció curioso que ese nombre para librillos se debiera a esos libros, cada uno de los cuales pesaba diez kilos por lo menos. La preocupación por no dejar huellas dactilares lo disuadió de abrir uno de los volúmenes y, con la misma preocupación, recorrió la casa, seguido del agente, sin tocar muebles ni picaportes y sólo entró por las puertas que estaban abiertas.

La casa era mucho mayor de lo que podía pensarse al mirarla desde fuera. Había un gran comedor con una mesa maciza de roble y cuatro aparadores, de la misma madera, con platos, soperas, vasos y jarros dentro, pero también viejos juguetes, papeles, ropa interior. Alcobas había tres, dos con colchones y almohadas amontonadas sobre los somieres y una con una cama en la que parecía que alguien hubiese dormido la noche anterior y tal vez otras tras las puertas que el sargento no abrió. La casa había estado abandonada y también despojada de muebles, libros, cuadros y porcelanas (se advertía alguna señal de las cosas robadas), pero no daba la sensación de estar deshabitada. Había colillas de cigarrillos en los ceniceros y gotas de vino en los vasos —cinco— trasladados a la cocina, seguro, con la intención de enjuagarlos. La cocina era espaciosa, con fogones de leña, horno y azulejos valencianos en las paredes; ollas de cobre y cazuelas colgadas de las paredes centelleaban bastante, con la escasa luz, si bien ya verdeaban por el sulfato. De la cocina se abría una puertecita a una escalera que subía estrecha y obscura y no se veía dónde acababa.

El sargento miró a ver si había una luz que encender para iluminar aquella escalera. Al no ver otro interruptor que el que encendía las lámparas sobre los fogones, se aventuró a subir aquella escalera. Pero tras cinco o seis peldaños comenzó —sin dejar de subir vacilante— a encender cerillas.

Encendió muchas antes de llegar, en la cima, a una especie de buhardilla, un cuarto de la altura justa para que alguien de estatura normal tocara el techo con la cabeza, pero de la misma anchura que el comedor de abajo. Estaba lleno de divanes, sillones y sillas desfondadas, cajas, marcos vacíos, colgaduras polvorientas. Alrededor había bustos–relicario de santos —una decena, dorados—, pero sobresalía entre ellos un busto mayor, con el pecho de plata, la manteleta negra y la cara enojada. Los bustos dorados llevaban, bajo el barroco pedestal, el nombre de cada santo; el sargento no tenía suficiente experiencia de santos para reconocer en el otro mayor y más taciturno a san Ignacio.

El sargento encendió la última cerilla y volvió a bajar rápidamente. «Un desván lleno de santos», explicó al agente que lo esperaba al pie de la escalera. Se sentía como si le

hubiesen caído encima polvo, telarañas y moho. Volvió a saltar por la ventana para encontrarse de nuevo con la mañana fría y espléndida, el sol, la hierba cubierta de gotas de escarcha.

Con el agente siempre a dos pasos detrás de él, dio la vuelta en torno a la casa.

Entre zarzas y hojarasca había un claro que, evidentemente, había servido para maniobras de automóviles, tal vez de camiones. «Ha habido tráfico, aquí», dijo el sargento. Después, indicándoselos al agente, preguntó: «¿Qué te parecen esos cerrojos?»: los que cerraban las puertas de los almacenes o establos que circundaban la casa como un fortín de *western* americano.

—Son nuevos —dijo el agente.

—Eres un hacha —dijo el sargento.

Poco menos de dos horas después, llegaron todos los que debían llegar: el comisario, el fiscal, el médico, el fotógrafo, un periodista predilecto del comisario y una multitud de agentes, entre los cuales se distinguían por su seriedad los de la científica. Seis o siete automóviles que aun después de haber llegado siguieron zumbando, retumbando y aullando, igual que habían salido del centro de la ciudad despertando la curiosidad de los ciudadanos y también —efecto que el comisario deseaba lo más tardío posible— la de los carabineros: por eso, el coronel de carabineros —con cara hosca, irritadísimo, preparado para pelear, con el debido respeto, con el comisario— llegó una media hora después, cuando ya se habían abierto todas las puertas con esas llaves que había sobre el escritorio, ya se había iniciado la inspección un poco al azar y se había fotografiado al muerto desde todos los ángulos. Con furor contenido, el coronel dijo: «Pero podía haberme avisado». «Discúlpeme», dijo el comisario, «pero todo ha sucedido tan precipitadamente, en cuestión de pocos minutos». «Sí, sí...», dijo irónico el coronel.

Levantaron la pistola introduciendo un lápiz en el asa del gatillo, la depositaron con todo cuidado sobre un paño negro y la envolvieron con delicadeza. «Las huellas, rápido», dijo el comisario. Ya habían tomado las del muerto.

—Trabajo inútil —sentenció después—, pero hay que hacerlo.

—¿Por qué inútil? —preguntó el coronel.

—Suicidio —dijo, solemne, el comisario, con lo que contribuyó a que el coronel comenzara a cultivar la opinión contraria.

—Señor comisario... —intervino el sargento.

—Lo que tengas que decir lo dirás después en tu informe... Entretanto... —pero no sabía qué se había de hacer o decir en tretanto, salvo repetir—: Suicidio, un caso evidente de suicidio.

El sargento lo intentó otra vez: «Señor comisario...». Quería hablarle de la llamada telefónica de la noche anterior, del punto detrás del «he descubierto». Pero el comisario lo cortó: «Queremos el informe», indicó al fiscal y a sí mismo, miró el reloj, «a primera hora de la tarde». Y volviéndose al fiscal y al coronel: «Este es un caso sencillo, hay que procurar no desorbitarlo y despacharlo cuanto antes... Ve a escribir el informe, rápido».

Automáticamente, el coronel vio, en cambio, el caso muy complicado y, de todos modos, no como para despacharlo cuanto antes. Entre las dos instituciones —el arma de carabineros y el cuerpo de policía— y fueran cuales fuesen las personas que las representaran, se manifestaba al instante una irreductible disparidad de criterios. Las dividía un largo contencioso histórico: y todos los ciudadanos que quedaban en medio acababan discutiendo dramáticamente al respecto.

El sargento dijo: «Sí, señor» y salió a buscar el coche de patrulla con el que había llegado y que ya había regresado. Pero, como el comisario lo había enojado y carecía casi totalmente de lo que suele llamarse espíritu de cuerpo —es decir, considerar parte mayor que el todo el cuerpo al que pertenecía, juzgarlo infalible y, en caso de falibilidad, intocable, cargado de razón, sobre todo cuando estaba equivocado—, se le ocurrió una idea burlona.

Sentado al volante del automóvil en que había llegado el coronel estaba el sargento (de carabineros) que lo conducía. Nuestro sargento fue a sentarse a su lado, pues lo conocía bien, aunque no tenía confianza con él: y le contó todo lo que sabía del caso, todas sus sospechas. Le indicó también, en las puertas de los almacenes, esos cerrojos nuevos, lustrosos, y volvió a la comisaría, como aliviado, a escribir en dos horas y pico lo que al compañero de su mismo grado había contado en cinco minutos.

Así, al volver a la ciudad, el coronel de carabineros supo por su sargento los detalles que complicaban el caso más de lo que deseaba el comisario.

Pese a ser domingo y fiesta de san José, en seguida afluyeron a la comisaría y a la comandancia de carabineros todos los datos del padrón y del catastro, las informaciones más o menos confidenciales. Las mismas, o casi, de fuentes y confidentes iguales: aquello que, si hubieran trabajado en armonía, habría ahorrado a una de las dos partes tiempo y esfuerzo que habría podido emplearse con mayor utilidad, pero ése es un anhelo tan imposible como la colaboración entre un constructor y un dinamitero (y, como se comprenderá, a ninguna de las dos partes cuadran funciones semejantes).

La identidad de la víctima: Giorgio Roccella di Monterosso, nacido precisamente en Monterosso el 14 de enero de 1923, diplomático jubilado. Había sido cónsul de Italia en varias ciudades europeas y al final se había establecido en Edimburgo, donde vivía, separado de su esposa, con un hijo de veinte años. No había vuelto a Italia desde hacía casi quince años salvo para morir trágicamente el 18 de marzo de 1989. Había sido el único de la familia en conservar —pero sin ocuparse de ellos— algunos restos de una propiedad vasta y variada: una casa semidestruida en la ciudad, aquel chalet con poca tierra alrededor.

Había llegado a la ciudad aquel preciso día, el 18; había comido en el restaurante Le tre cándele, donde había pedido espaguetis con salsa de sepia y pulpo con ensalada; había llamado a un taxi para que lo llevara al chalet. Se había asegurado, según dijo al taxista, de que las llaves que llevaba funcionaban para abrir la puerta, tras lo cual lo había despedido y le había dicho que volviese a recogerlo la mañana siguiente a las once. «Padezco insomnio», explicó: «voy a trabajar toda la noche.» Pero la mañana siguiente a las once, al ver todo aquel movimiento de policía y carabineros, el taxista había dado media vuelta sin subir al chalet.

Tal vez fuera ese hombre —pensó— un prófugo peligroso. ¿Y para qué meterse en un embrollo?

El comisario, bastante irritado por el informe —que sospechaba un homicidio— del sargento, consideró la información de que la víctima se había separado de su esposa (o, según prefería, la esposa de él) un argumento que abonaba su hipótesis del suicidio. La pregunta de por qué había llamado antes a la policía se la planteó, pero no lo inquietó: quería —se respondió— matarse ante los ojos de la policía, para dar mayor originalidad y clamor a su gesto.

Presa de la locura, en una palabra. Pero el sargento, prestando más atención al despacho informativo, hizo notar al comisario que la separación de la mujer se había producido doce años antes. Por doloroso que sea, un caso así es difícil que llegue al colmo de la desesperación doce años después.

En cambio, la irritación del comisario para con el sargento llegó al colmo. «No se permita esas observaciones», dijo, «y haga regresar en seguida al inspector, esté donde esté.»

El inspector, tal como había anunciado el sábado, estuvo ilocalizable hasta el lunes por la mañana. A las ocho entraba en el despacho, donde ya estaba el sargento, con el abrigo, el sombrero y los guantes puestos y envuelto en una bufanda que le cubría hasta la boca. Se quitó toda la ropa de abrigo y se estremeció: «Hace frío aquí dentro:

casi tanto como fuera; aquí los pájaros caerían fulminados».

Según dijo, se había enterado de lo sucedido por la radio y los periódicos. Leyó sin comentarios el esquelético informe del sargento y salió a hablar con el comisario.

Al volver, parecía enfadado con el sargento. «No hagamos novelas», le advirtió. Pero la novela estaba ya en el aire. Dos horas después, se sentaba en el despacho para alimentarla

el profesor Carmelo Franzò, viejo amigo de la víctima. Contó que el sábado 18, inesperadamente, había visto llegar a su casa a Giorgio Roccella. Explicación de aquel viaje repentino: había recordado que en un baúl que debía de estar aún en el desván del chalet había paquetes de cartas antiguas —uno de Garibaldi a su bisabuelo, otro de Pirandello a su abuelo (habían hecho juntos el bachillerato)— y había sentido deseos de recuperarlas, de trabajar un poco en ellas. Le pidió que lo acompañara por la tarde al chalet, pero el profesor, precisamente esa tarde, tenía que hacerse la periódica e ineludible diálisis, so pena de pasarse, si no, días inmovilizado con la intoxicación. Le habría encantado volver, después de tantos años, a ese chalet y participar en la búsqueda. Se despidieron dándose cita para el día siguiente, domingo, pero, mira por dónde, el domingo por la noche escuchó en la radio la noticia de la muerte de su amigo.

Pero había de añadir —el profesor— otras informaciones: y fundamentales. La noche del sábado, recibió una llamada de su amigo. Telefoneaba desde el chalet y lo primero que dijo fue: «No sabía que hu bieran puesto aquí el teléfono»; añadió que, al buscar en el desván las cartas, había descubierto, mira por dónde, el famoso cuadro. «¿Qué cuadro?», había preguntado el profesor. «El que desapareció hace unos años; ¿no te acuerdas?», había dicho Roccella. El profesor no estaba seguro de haber adivinado de qué cuadro se trataba; en cualquier caso, le aconsejó que llamara a la policía.

—¡Qué historia más complicada! —dijo el inspector entre incrédulo y preocupado—: El cuadro, el teléfono, dos cosas que el señor Roccella, en el momento en que habló con usted, acababa de descubrir... —Y, aún más incrédulo, al profesor—: ¿Usted le creyó?

—Le he creído toda la vida: ¿por qué habría de empezar precisamente el otro día a no creerle?

Entretanto, el sargento había cogido la guía de teléfonos, la hojeó, buscó y leyó:

—Roccella, Giorgio di Monterosso, Cotugno, 342260... Figura en la guía.

—Gracias —dijo, mordaz, el inspector—. Pero lo que me interesa no es que figure; lo que me intriga es que no lo supiera.

—Podemos... —comenzó el sargento.

—Puedes y lo vas a hacer ahora mismo... Ve a la oficina de teléfonos y entérate de todos los detalles de la solicitud, de la fecha de instalación, de los recibos pagados... Fotocopias de todo, mejor... —Y al profesor—: Volvamos al famoso cuadro:

desaparecido, reaparecido ante su amigo y, es de suponer, de nuevo desaparecido...

Usted, me ha parecido, tiene idea de a qué cuadro se refería su amigo...

—¿Y usted? —replicó el profesor.

—Yo, no —dijo el inspector—. No entiendo de cuadros: y de los desaparecidos, que en Italia son muchos, es especialista un colega mío de Roma. Lo consultaremos...

pero, entretanto, dígame de qué cuadro desaparecido se trata, en su opinión...

—No soy especialista en cuadros desaparecidos —dijo el profesor.

—Pero una opinión tendrá.

—Es la misma que debería tener usted.

—La virgen: siempre así... Hasta con los profesores.

—Hasta con los inspectores —replicó, mordaz, el profesor.

El inspector se contuvo: si hubiera sido otra persona, tal vez lo habría arrojado al calabozo, pero el profesor Franzò era conocido y respetado en toda la ciudad: generaciones de alumnos tenían un recuerdo grato y afectuoso de él. Conque:

—Haga el favor de repetirme lo más fielmente posible lo que le dijo su amigo en persona y por teléfono.

El profesor, nervioso, tan nervioso, que hablaba silabeando, se puso a repetir.

—¿No estará omitiendo algo? —se vengó el inspector.

—Tengo buena memoria y la costumbre de no omitir nada.

—Bien, bien—dijo el inspector—, pero tenga presente que dentro de poco deberá repetir todo lo dicho, palabra por palabra, al juez.

El profesor sonrió entre indulgente y desdeñoso. Pero entró el comisario, que había sido alumno del profesor, y puso fin a la discusión.

—Profesor, ¿usted aquí?

—Y con un relato interesante —dijo el inspector.

Pero el regreso del sargento provocó una conmoción.

—Estaba la solicitud: de hace tres años, pero con firma falsificada... Lo han averiguado los carabineros.

—¡Maldición! —gritó el comisario, pensando en los carabineros.

Pero, desechada, por el testimonio del profesor, la tesis del suicidio, que el comisario había aceptado al principio y el coronel de carabineros se había apresurado a rechazar, sus superiores los exhortaron a reunirse a intercambiar informaciones, hipótesis y sospechas. Se reunieron, por así decir, con los dientes apretados, pero no lograron mostrarse del todo imprecisos e insensatos.

Reconstruyeron: el señor Roccella, presa del capricho de recuperar las cartas de Garibaldi y de Pirandello, había regresado de improviso, después de tantos años; había ido a ver a su amigo; había comido en el restaurante; tomó en la casa de la ciudad —o las llevaba consigo— las llaves del chalet y se trasladó a él en taxi. Allí, tras comprobar que las llaves aún servían, se había quedado a buscar las cartas. Pero, ¿qué ha bía sucedido a partir de aquel momento?

Había encontrado instalado un teléfono, pero, por lo que contaba el profesor, no parecía que le hubiera sorprendido demasiado. Lo que quería decir que tenía idea de quién lo había mandado instalar. En cambio, le había sorprendido mucho —y tal vez atemorizado— descubrir ese cuadro en el desván donde había ido a buscar las cartas. De ahí la llamada a su amigo, la llamada a la policía. Y, como la policía tardaba en llegar, había empezado a escribir: «He descubierto...». Pero, presa del miedo, seguro, había ido a buscar la vieja Mauser. Y en ese preciso momento, probablemente, oyó que llamaban. Por fin, la policía. Fue a abrir: pero era su asesino.

Detalles que comprobar: ¿de verdad se había instalado el teléfono sin que él lo supiera? ¿Se había debido de verdad su regreso al deseo de recuperar las cartas de Garibaldi y de Pirandello? ¿Había visto de verdad ese cuadro o se había tratado de un cuadro de la familia del que ya no se acordaba y que había reaparecido entre los numerosos trastos del desván?

Había que hacer una nueva y más minuciosa perquisición en el chalet. Pero, mientras la decidían, ocurrió un hecho que provocó mucha actividad frenética y perturbación.

Un tren local, a aquella hora —las dos de la tarde— por lo general abarrotado de estudiantes, se había visto detenido en el semáforo situado antes de la estación de Monterosso por la señal de parada. Había esperado a que cambiara la señal, pero llevaba ya media hora ante la luz roja del semáforo.

La carretera nacional corría paralela a la vía del tren. Estudiantes y ferroviarios bajaban a ella en tropel e imprecaban al jefe de estación de Monterosso, que o había olvidado dar vía libre o se había quedado dormido.

Por la carretera, a aquella hora, pasaban muy pocos automóviles y sólo uno se detuvo a preguntar qué había sucedido a aquel tren. Un Volvo. El jefe del tren pidió un favor al conductor: que subiera a la estación de Monterosso a despertar al jefe de estación. El Volvo subió hacia la estación, lo vieron detenerse en ella y después desaparecer. Evidentemente, había bajado por otro ramal de la carretera.

Como el semáforo seguía en rojo, al cabo de un poco el jefe del tren, seguido de algunos pasajeros, subió a pie —quinientos metros— a la estación: pero descubrieron con horror que el jefe de estación y el guardavía dormían, sí, pero el sueño eterno.

Los habían matado.

Imparcialmente, llamaron a los carabineros y a la policía, que en seguida se pusieron a buscar al hombre del Volvo.

Búsqueda fácil, teniendo en cuenta que Volvos, en toda la provincia, no había más de treinta: así lo consideró también el hombre del Volvo, cuando se enteró por la radio de que la policía lo buscaba, y comprendió que no tardaría en encontrarlo.

Conque se presentó en la comisaría de mala gana y con aprensión, pero, como constó al comienzo del acta, espontáneamente.

Nombre y apellido, lugar y fecha de nacimiento, domicilio, profesión y si había tenido algo que ver alguna vez con la justicia.

—Ni siquiera por una contravención —dijo el hombre. Pero la profesión declarada, representante de casas farmacéuticas, dio al inspector la indecible alegría de poder comenzar el interrogatorio con dureza.

—¿Es usted propietario de un Volvo?

—Evidentemente.

—No diga evidentemente, cuando me responda a mí... Su Volvo es bastante caro.

El hombre asintió.

—Entre los medicamentos que usted vende, ¿figuran la heroína, la cocaína, el opio?

—Mire —dijo el hombre conteniendo la ira y el miedo—, he venido aquí, espontáneamente, sólo para contarle lo que vi ayer por la tarde.

—Cuente, pues —dijo con aire incrédulo el inspector.

—Subí a la estación, como me había rogado el jefe del tren. Llamé a los cristales de la oficina del jefe de estación, me abrió...

—¿Quién?

—El jefe de estación, creo.

—Entonces usted no lo conocía.

—No. Le dije lo que el jefe del tren me había encargado decirle. Apenas miré dentro de la oficina: había otros dos hombres, que estaban enrollando una alfombra... Y me marché.

—Pero por otra carretera —dijo el inspector—, ya que nadie lo vio bajar... Así que estaban enrollando una alfombra.

—El cuadro —se le escapó al sargento.

El inspector lo fulminó con una mirada:

—Te lo agradezco, pero para eso no necesitaba tu ayuda.

—Pero, por Dios —dijo el sargento—, yo no me permitiría... —Y con ingenuidad, confuso, balbuciente, añadió—: Usted tiene título.

La réplica, que sonó irónica al inspector, lo hizo enfurecer del todo, pero contra el hombre del Volvo.

—Lo siento, pero debemos retenerlo aquí: tenemos que hacer muchas averiguaciones.

El sargento Antonio Lagandara había nacido en un pueblo tan cercano a la ciudad, que ya se podía considerar parte de ella. Su padre, jornalero que había sabido elevarse al rango de podador —experto, solicitado—, había muerto al desplomarse de un cerezo alto que estaba escamondando, cuando él estaba en el último año de un curso de economía y comercio. Había sacado el título, pero, al no saber qué hacer ni encontrar otra cosa, se había enrolado en la policía y, cinco años después, había llegado a suboficial. El oficio le apasionaba, por lo que quería hacer carrera. Se había matriculado en la facultad de Derecho, asistía a clase cuando y como podía, estudiaba. La licenciatura en Derecho era la ambición suprema de su vida, su sueño: ingenua era, pues, la réplica que al inspector pareció mal intencionada. Aún estaba re sentido, cuando el sargento regresó de acompañar al calabozo al hombre del Volvo, cuyos gritos de protesta resonaban ahora por toda la comisaría.

—Conque tengo título, ¿eh?... Aún no sé si eres de verdad un incauto o si finges serlo... ¡Título! En un país en que ya tienen título los ordenanzas, los camareros y hasta los barrenderos.

—Discúlpeme —dijo sincero, pero arisco, el sargento.

—Dejémoslo... Yo voy ahora a ver al comisario: dentro de un cuarto de hora acompaña hasta su despacho al hombre del Volvo.

En el despacho del comisario estaba el coronel de carabineros: el inspector informó a los dos. Cuando entró el hombre del Volvo con el sargento, el comisario dijo al instante:

—Así que usted vio, en la oficina del jefe de estación, a tres hombres que enrollaban una alfombra. ¿Había un cadáver dentro?

—¿Un cadáver? No, seguro que no.

—¿Qué anchura tenía la alfombra?

—Pues no sé... Tal vez un metro y medio.

—¿Cómo puede afirmar que era una alfombra? —preguntó el coronel.

—No afirmo nada: me pareció una alfombra.

—Descríbala.

—Estaban enrollándola, me pareció, al revés: tela basta, áspera...

—Pero el revés de una alfombra no es así. ¿No estarían enrollando una pintura?

—Es posible —dijo el hombre.

—Pasemos a otra cosa... Los hombres, ha dicho usted, eran tres.

—Sí, tres.

El comisario le enseñó dos fotografías:

—Aquí tiene a dos de ellos, ¿los reconoce?

Estaban intentando hacerlo caer en una trampa; el hombre los maldijo para sus adentros.

—¡Qué los voy a reconocer! A estos dos creo que no los he visto en mi vida.

—¿Sabe quiénes son? El jefe de estación y el guardavía: precisamente los que fueron asesinados.

—Pero, ¡yo no los vi!

—Pero, ¡si ha dicho que vio al jefe de estación y habló con él!

—Con alguien que creía que era el jefe de estación.

—Lo siento —dijo el comisario—, pero me veo obligado a retenerlo aún aquí.

El desventurado volvió a gritar su protesta.

El comisario y el coronel recapitularon sus instrucciones con el magistrado instructor. El magistrado adoptó un aire de profunda reflexión y después dijo:

—¿Saben lo que creo? Que, por casual que pueda parecer, el hombre del Volvo entró en la oficina del jefe de estación, vio esa pintura, se encaprichó de ella como en un flechazo, eliminó a los dos hombres y se la llevó.

Comisario y coronel intercambiaron una mirada perpleja e irónica.

—Es un personaje, este del Volvo, por el que he sentido un afecto inmediato. Raras veces me equivoco con mis intuiciones.

Ténganmelo a la sombra. —Los despidió, tenía que oír al viejo profesor Franzò.

Al salir, el comisario dijo:

—¡Dios mío!

—¡Espantoso! —exclamó el coronel.

Entretanto, el magistrado se había levantado para recibir a su viejo profesor.

—¡Qué placer volver a verlo, después de tantos años!

—Muchos: y me pesan —convino el profesor.

—Pero, ¿qué dice? Usted no ha cambiado nada, de aspecto.

—Usted, sí —dijo el profesor con su franqueza habitual.

—Este maldito trabajo... Pero, ¿por qué me habla de usted?

—Como entonces —dijo el profesor.

—Pero ahora...

—No.

—Pero, ¿se acuerda de mí?

—Claro que me acuerdo.

—¿Me permite una pregunta?... Después le haré otras, de otra clase... En las redacciones de italiano usted siempre me ponía un tres de nota, porque copiaba.

Pero una vez me puso un cinco: ¿por qué?

—Porque había copiado de un autor más inteligente.

El juez se echó a reír.

—El italiano: estaba bastante flojo en italiano. Pero, como ve, al fin y al cabo no se ha perdido nada: aquí me tiene, de fiscal...

—El italiano no es el italiano: es el razonamiento —dijo el profesor—. Con menos italiano usted habría llegado aún más arriba.

Era una réplica feroz. El magistrado palideció. Y pasó a un duro interrogatorio.

El hijo de la víctima y la esposa llegaron —de Edimburgo y de Stuttgart, respectivamente— el mismo día. Fue un encuentro, entre madre e hijo, y también para los investigadores, muy desagradable. La mujer, evidentemente, había acudido para arrancar lo que pudiera del patrimonio; el hijo, para impedírselo, pero sobre todo para averiguar cómo y por qué habían matado a su padre y quién.

El encuentro se produjo en el despacho del comisario. No se saludaron, el saludo del hijo fue un seco:

—Puedes volverte a Stuttgart, no hay nada para ti.

—Eso lo dices tú.

—No lo digo yo, lo dicen los papeles que mi padre mandó registrar hace unos años.

—No estoy segura de que esos papeles tengan valor, de que no sean impugnables... Pongámonos de acuerdo, vendamos todo y marchémonos.

—No vendo: yo tal vez me quede aquí.

Vine, y me quedé por mucho tiempo, hace años: aún estaban mis abuelos. Tengo un recuerdo muy hermoso... Sí, tal vez me quede... Mi padre y yo pensábamos con frecuencia en volver, en quedarnos a vivir aquí.

—¡Tu padre! —exclamó, sarcástica, la mujer.

—¿Quieres decir que no era mi padre?... Mira: las madres no se pueden elegir, pues a ti no te habría elegido, eso por descontado... Por otra parte, tú seguramente no me habrías elegido como hijo...

Pero a los padres se los elige: y yo elegí a Giorgio, lo amé, lloro su muerte. Era mi padre. Tú atribuyes demasiada importancia al hecho de haberte acostado con otro... o con otros.

La mano —llena de sortijas y con las uñas pintadas— de la madre centelleó sobre la mejilla del hijo. El muchacho le volvió la espalda y se puso a mirar el estante de libros como si de verdad le interesaran.

Estaba llorando.

El comisario dijo:

—Eso son cosas suyas. Yo quiero saber de usted, señora, si tiene alguna razón o sospecha sobre el asesinato de su marido.

La señora se encogió de hombros.

—Era siciliano —dijo— y los sicilianos ya hace años que se matan entre sí, vaya usted a saber por qué.

—Juicio indefectible —dijo, irónico, el hijo, al tiempo que volvía a sentarse ante el escritorio del comisario.

—Y usted, ¿Qué piensa? ¿Qué sabe?

—le preguntó el comisario.

—Sobre las razones por las que ha sido asesinado, nada; ahora, que espero, tarde o temprano, enterarme por usted... Por lo demás... —Contó la decisión de su padre de volver a recuperar las cartas de Garibaldi y de Pirandello, su pesar por no haber podido acompañarlo, la llamada telefónica con la que su padre le aseguró que había llegado bien. Nada más.

—Dígame algo sobre sus propiedades de aquí. ¿Es verdad que estaban abandonadas?

—Sí y no. De vez en cuando mi padre escribía a alguien, un sacerdote, creo, para preguntarle por su conservación.

—Pero, ¿estaba el sacerdote encargado de su conservación?

—No precisamente, creo.

—¿Le mandaba dinero su padre?

—Me parece que no.

—¿Respondía a las cartas de su padre?

—Sí, decía siempre que, pese al abandono, todo se conservaba bien.

—¿Tenía el sacerdote las llaves de la casa de la ciudad y del chalet?

—No lo sé.

—¿No recuerda su nombre?

—Cricco, me parece... Padre Cricco.

Pero no estoy seguro.

El padre Cricco —hombre apuesto, alto y solemne en su hábito— afirmó que nunca había tenido las llaves: contemplaba por fuera la casa de la ciudad y el chalet y sus noticias se limitaban a asegurar que seguían en pie, sin grietas a la vista ni erosiones irreparables.

El inspector interrogaba —respetuoso, atento— y el sargento tomaba acta. Comenzó:

—Usted es uno de los pocos sacerdotes que aún visten de sacerdotes. Es algo que, no sé bien por qué, me resulta alentador.

—Soy un sacerdote chapado a la antigua y usted es un católico chapado a la antigua. Mejor para nosotros, digo yo presuntuosamente.

—Como sacerdote, como hombre inteligente, como amigo del muerto, ¿qué opina de este caso?

—Pese a toda la novela que se está creando en torno a él, confieso que no logro quitarme de la cabeza la hipótesis del suicidio. Giorgio no era un corazón contento.

—Ya: esa esposa, ese hijo que no era hijo suyo...

—Pero parece que la policía científica...

—Sí, ha encontrado en la pistola varias huellas del muerto, pero precisamente en los puntos en que debería haberla empuñado para dispararse están como borradas, como si la hubiera empuñado una mano enguantada... Pero yo, con todo el respeto por la policía científica, me fío poco de ese dictamen.

El sargento, que no perdía el vicio de intervenir, dijo:

—También yo me fío poco y casi nada.

Pero es imposible imaginar que un hombre, tras haber manejado una pistola, en el momento de suicidarse se ponga el guante, se dispare y tenga después tiempo de volver a quitarse el guante y hacerlo desaparecer.

Cosa de *hellzapoppin*.

—Te diviertes, ¿eh?... Sigue, sigue divirtiéndote —dijo, mordaz, el inspector.

Las autoridades policiales y judiciales decidieron hacer otra perquisición en el chalet, acompañadas de la esposa y el hijo y también el profesor Franzò. Fueron el inspector, el sargento y una multitud de agentes. El padre Cricco rehusó la invitación a acudir: lo emocionaba demasiado y su presencia habría sido totalmente inútil.

A recoger al profesor a su casa fue el sargento. Hicieron el corto viaje ellos dos solos, con gran alegría por parte del sargento, al que hablar con personas que tenían fama de inteligentes y cultas infundía una especie de ebriedad. Pero el profesor habló de sus achaques y dejó al sargento la frase memorable (pero no compartible en la energía de sus treinta años) de que en determinado momento de la vida no es que la esperanza sea lo último en morir, sino que morir es la última esperanza.

El profesor conocía el lugar, había pasado en él muchas horas de su infancia y juventud con su amigo. Nada más entrar en el cercado, dijo indicando los almacenes:

«En tiempos eran las cuadras». Pero el sargento se llevó la sorpresa de ver las puertas abiertas de par en par y sin los cerrojos.

Pensó que habrían sido los carabineros, se lo dijo al inspector y después, tras entrar en la casa, telefonearon a los carabineros.

Ellos no habían sido, no sabían nada de eso.

El sargento, nervioso, inspeccionó uno por uno los almacenes. Despedían un tenue olor a azúcar quemado, a hojas de eucalipto maceradas, a alcohol: algo indefinible, en una palabra. Dijo al inspector:

—¿Nota el olor?

—No huelo nada, estoy muy resfriado.

—Habría que mandar venir a algún experto, algún químico, y los perros de los aduaneros.

—El mejor perro eres tú —dijo el inspector—. De todos modos, traeremos a expertos y perros.

Los otros esperaban ante la puerta del chalet. Las llaves las tenía el inspector, quien se las dio al sargento diciendo: «Abre y haz de guía: yo es la primera vez que vengo aquí».

Entraron todos en tropel: los agentes con un ímpetu que parecía que fueran a sorprender a un ladrón, el muchacho mirando a su alrededor con los ojos brillantes de emoción, la mujer muy fría, como aburrida.

En la planta baja no había, para los agentes, nada que no se hubiera visto ya.

Subieron al primer piso, entraron en la cocina. La puertecita que conducía al desván estaba misteriosamente abierta. Se detuvieron ante ella; después el inspector se adelantó, subió ágil y seguro la escalerita de madera y, al llegar arriba, inundó de luz el desván. Y a los otros junto a él.

El sargento, moviéndose con cautela entre todas aquellas cosas amontonadas, miraba y volvía a mirar las paredes.

—¿Qué buscas? —le preguntó el inspector.

—El interruptor.

—Ah, sí: tú nunca has conseguido en contrarlo. Pero no es difícil: está detrás del busto de san Ignacio.

—Pero no se ve —dijo el sargento.

—Intuición —dijo el inspector. Y bromeó—: No me vayas a decir que lo he descubierto porque tengo título. —Pero los ojos se le habían puesto vidriosos como de terror.

—No se lo diré —replicó el sargento:

arisco.

En el baúl había quedado, limpia de la espesa capa de polvo que cubría todo, la señal de que algo había reposado sobre él por mucho tiempo. La pintura enrollada, pensó el sargento: y lo dijo. Por eso, el pobre Roccella la había visto aún antes de abrir el baúl y buscar las cartas, que estaban ahí, empaquetadas: las de Garibaldi, las de Pirandello. El profesor ya las había visto, muchos años atrás. Hojeó las de Pirandello, se detuvo en alguna frase. A los dieciocho años, Pirandello pensaba en lo que escribiría hasta pasados los sesenta.

En el viaje de regreso, el profesor dijo al sargento:

—Estas cartas de Pirandello me gustaría leerlas detenidamente.

—No creo que sea difícil conseguir que se las confíen. —Pero pensaba en otra cosa:

taciturno, inquieto, nervioso; sentía la ne cesidad de confiarse, de desahogarse. En determinado momento detuvo el coche y se echó a llorar nervioso—. Llevamos tres años juntos, en el mismo despacho.

—Comprendo —dijo el profesor—. ¿El interruptor?

—El interruptor... Había dicho que no había estado nunca en esa casa: usted también lo ha oído... Yo había gastado una caja entera de cerillas buscando ese interruptor; después habían venido los otros a buscarlo con linternas... Y, en cambio, él lo ha encontrado en seguida, a la primera.

—Un error increíble por su parte —dijo el profesor.

—Pero, ¿cómo ha podido hacerlo?

¿Qué le ha sucedido en ese momento?

—Tal vez un fenómeno de desdoblamiento repentino: en ese instante se ha convertido en el policía que se cazaba a sí mismo. —Y, enigmáticamente, como hablando para sus adentros, añadió—: Pirandello.

—Quiero contarle todo lo que, partiendo ahora del interruptor, estoy juntando aritméticamente.

—Aritméticamente... —sonrió el profesor—. Pero siempre quedará por disipar alguna duda.

—Por eso le pido que me ayude.

—En lo que pueda... Pero suba a mi casa: estaremos más tranquilos.

Tras hablar durante horas, llegaron a la conclusión de que la pintura había sido una veleidad imprudente, una actividad marginal, casi un capricho. Algo muy distinto se hacía en aquel lugar: por eso, el pobre Roccella, al llegar por sorpresa, había sido asesinado.

En la puerta, en el momento de despedirlo, el profesor preguntó:

—¿Tiene usted intención...?

—No lo sé —dijo el sargento—, no lo sé —extraviado, trastornado.

La mañana siguiente el inspector llegó al despacho a la hora de costumbre con su habitual buen humor, rayano en la euforia.

Se quitó el sombrero, los guantes, el abrigo, la bufanda, de color vivo pero elegante; guardó los guantes en el bolsillo del abrigo y colgó todo en el armario. Los guantes.

Mientras el inspector se estremecía por el frío del despacho, diciendo como todas las mañanas que allí los pájaros habrían caído muertos, el sargento, ya en su escritorio, se estremecía con otra clase de escalofrío.

Los guantes, eso es, los guantes.

—Ya trabajando —dijo el inspector a modo de saludo.

—¡Qué voy a trabajar! Estoy hojeando los periódicos.

—¿Y qué hay de bueno?

—De bueno nada, como de costumbre.

Había entre ellos, bajo ese intercambio de frases usuales y triviales, un malestar, una frialdad, algo de preocupación y temor.

El interruptor. El guante. El sargento nada sabía de una famosa serie de grabados de Max Klinger, titulada *Un guante*, ni la habría apreciado, pero en su mente el guante del inspector corría, volaba, se alzaba como ahora en la fantasía de Max Klinger.

Sus escritorios estaban dispuestos en ángulo. Sentado cada uno delante del suyo, el inspector fingía estar absorto en la lectura de los papeles que tenía delante y el sargento en la lectura de los periódicos.

El sargento estuvo varias veces a punto de levantarse e ir a ver al comisario para contarle todo: pero lo retenía la idea de que lo que tenía que contar habría parecido del todo inconsistente al comisario. El inspector —el sargento lo advirtió de repente— tenía otra idea, más inmediatamente mortífera.

En determinado momento el inspector se levantó, se acercó a un armarito y sacó un frasco de aceite lubricante, un trapo de lana y una escobilla. Dijo: «Hace años que no limpio esta pistola». La sacó de la funda que llevaba sujeta al cinturón y la dejó sobre la mesa. Después la abrió y dejó caer los cartuchos sobre la mesa.

El sargento comprendió. En el periódico que tenía delante y que fingía leer, las palabras se aglomeraron, se fundieron y se deslindaron en el título que el inspector creía poder leer en los periódicos del día siguiente: Un inspector de policía mata por error a un subalterno.

Dijo:

—Yo siempre limpio la mía... Pero, ¿usted es buen tirador?

—Excelente —dijo el inspector.

Y el sargento, como advertencia y descargo de conciencia:

—Mire que acertar en el centro de un blanco no basta para ser considerado buen tirador. Hace falta destreza, rapidez...

—Lo sé.

«Pues no», pensó el sargento, «no lo sabes: o, al menos, no lo sabes como lo sé yo.»

Todas las mañanas dejaba su pistola en el cajón superior derecho del escritorio. Lo abrió lenta, silenciosamente con la mano derecha, mientras con la izquierda se tapaba con el periódico. Sus manos se habían vuelto más ágiles y parecían haberse multiplicado, todos sus sentidos se habían agudizado. Vibraba todo en él, como en una cuerda metálica fina y tensa. El atávico instinto campesino de desconfianza, de vigilancia, de sospecha, de previsión y reconocimiento de lo peor se le había despertado hasta el paroxismo.

El inspector acabó de limpiar la pistola, la volvió a cargar, la empuñó fingiendo apuntar a la lámpara, a un calendario, a un picaporte, pero en el momento en que con repentina rapidez la apuntó al sargento y disparó, éste ya se había arrojado al suelo con toda la silla, había retirado el periódico que sostenía con la mano izquierda y con el que tapaba la pistola que había sacado del cajón y había disparado un tiro certero al corazón del inspector, que se desplomó sobre los papeles que tenía delante y los ensangrentó profusamente.

—Era un buen tirador —dijo el sargento mirando el orificio del proyectil detrás de su escritorio—, pero yo le había advertido —agregó como si hubiera vencido en una competición. Pero un instante después prorrumpió en llanto y rechinar de dientes.

—Resumamos —dijo el comisario—.

Resumamos y decidamos... Es decir, decida el señor fiscal; dentro de poco vamos a tener a los periodistas a la puerta.

En el despacho del fiscal. Estaba también el coronel de carabineros y delante de ellos, como un acusado ante el tribunal, el sargento.

—Resumamos, pues... Según el relato del sargento, no carente de elementos de prueba, de indicios que yo, confieso mi error, no tuve en cuenta como debía, los hechos son los que voy a exponer brevemente. La tarde del dieciocho se produce la llamada telefónica del señor Roccella a la comisaría: pide que alguien vaya a su casa a ver cierta cosa. Responde el sargento que alguien irá, lo antes posible. Comunica el contenido de la llamada al inspector, se ofrece a ir, pero el inspector dice que no cree en el regreso, después de tantos años, del señor Roccella; considera que se trata de una broma. Dice al sargento que el día siguiente se dé una escapadita hasta ese lugar y se marcha diciendo que durante todo el día siguiente, fiesta de san José, estará ilocalizable: y lo estuvo, en verdad... Es fácil sospechar que avisaría a sus cómplices sobre el imprevisible regreso del señor Roccella y aún más fácil que fuera en persona, llamase y entrara como inspector de policía, se sentase junto a Roccella al escritorio en que éste había empezado a escribir sobre el cuadro que había descubierto y, en el momento preciso, tras coger esa pistola que inesperadamente se encontraba sobre la mesa, la empuñara con mano enguantada y le disparase a la cabeza. Después había puesto un punto a la frase «he descubierto» y se había marchado y había cerrado tras sí la puerta, que tenía cerradura de resorte... Debo decir, como autocrítica, que ese punto después de «he descubierto», cuya incongruencia me señaló el sargento, no me pareció significativo entonces. Pensé que Rocella había en loquecido, que había llegado a descubrir en el suicidio una solución y que se le había ocurrido suicidarse ante los ojos de la policía... Pero el día siguiente descubrirían sin duda al muerto: de ahí la necesidad del desalojo. Por la noche, llamaron a toda la banda para que se reuniera: trasladaron el cuadro y otros instrumentos de trabajo clandestino.

—¿Adonde? —preguntó el juez.

—El sargento opina, y yo también, que a la estación de Monterosso, donde el jefe de estación y el guardavía formaban ya parte de la banda, aunque marginalmente, en calidad de difusores, de correos... Indudablemente, al ver llegar todo aquel material voluminoso y comprometedor, el jefe de estación y el guardavía se espantaron.

Protestaron, amenazaron acaso: y fueron asesinados. Cuando llegó a la estación el hombre del Volvo, ya los habían matado, lo que explica su precipitada fuga... El hombre del Volvo no vio al jefe de estación y al guardavía: vio a sus asesinos... Eso lo hemos averiguado

mostrándole las fotografías del jefe de estación y del guardavía: ja más los había visto... Después vino el episodio del interruptor: que no fue al sargento al único que impresionó.

—¡Qué cretino! —dijo el magistrado:

en elogio fúnebre del inspector. Y después—: Pero, querido comisario, querido coronel, esto es demasiado poco... ¿Y si probásemos a rebatir esta historia considerando que el sargento miente y que es él el protagonista de los hechos de que acusa al inspector?

El comisario y el coronel intercambiaron con la mirada ese «¡Dios mío!» y ese «¡Espantoso!» que días antes habían intercambiado de viva voz.

«No es posible», dijeron los dos al mismo tiempo.

Después el comisario invitó al sargento a salir:

—Espera en la antesala: te llamaremos dentro de cinco minutos.

Lo volvieron a llamar más de una hora después.

—Accidente —dijo el juez.

—Accidente —dijo el comisario.

—Accidente —dijo el coronel.

Por eso, en los periódicos: Un sargento mata accidentalmente, mientras limpiaba la pistola, al inspector jefe de la policía judicial.

Mientras en la comisaría había un auténtico hervidero con la preparación de la capilla ardiente para el inspector (las exequias iban a ser solemnes), el hombre del Volvo, al que habían sacado de la cárcel, fue conducido a comisaría para las formalidades burocráticas gracias a las cuales quedaría libre, por fin.

Cumplidas dichas formalidades, salía desgreñado y angustiosamente alegre, cuando en el umbral se encontró con el padre Cricco, vestido con bonete, sobrepelliz y estola, que llegaba para bendecir el cadáver.

El padre Cricco lo detuvo con un gesto.

Dijo:

—Me parece conocerlo: ¿es usted de mi parroquia?

—¡Qué parroquia ni qué niño muerto!

Yo no tengo parroquia —dijo el hombre y salió con ímpetu alegre.

Encontró en el estacionamiento su Volvo, con una multa. Pero estaba tan contento, que le pareció cosa de risa.

Salió de la ciudad cantando. Pero en determinado momento detuvo de golpe el coche y volvió a entristecerse y angustiarse.

«Ese cura», se dijo, «ese cura... Lo habría reconocido al instante, si no hubiese ido vestido de cura: era el jefe de estación, el que creí que era el jefe de estación.»

Pensó en dar media vuelta, regresar a la comisaría. Pero un momento después: «¿A qué voy a ir a meterme en un lío mucho más gordo aún?».

Reanudó cantando el camino hacia su casa.

***